

LARA SMIRNOV

EL
GOLFO
DE CÁDIZ

Y LA
CABO DE
BUENA ESPERANZA



*El Golfo de Cádiz
y la Cabo
de Buena Esperanza*

Lara Smirnov

Esencia/Planeta

© Lara Smirnov, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Difught, Volodymyr Burdiak, Sittipong, Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: abril de 2018
ISBN: 978-84-08-18383-9
Depósito legal: B. 4.779-2018
Composición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Previamente, en Golfeando...



Mientras Manu y Benito *el Tuerkas* estaban charlando tranquilamente en el balcón, vieron que se acercaban calle abajo sus compañeros de chirigota.

—¡Anda, los que faltaban! —exclamó Manu sonriendo.

Al volverse hacia ellos, Benito se fijó en una mujer que parecía estar esperando a alguien.

—Oye, ¿ésa no es...?

Manu miró hacia el lugar al que señalaba su amigo. La mujer, alta, guapa, rubia y vestida con uniforme militar, estaba apoyada en la pared al otro lado de la calle, como si estuviera montando guardia.

Las guitarras empezaron a sonar mientras el grupo se acercaba.

Las miradas de Manu y de la militar se cruzaron, y ella ya no lo soltó. Lo miró con los ojos entornados, muy seria, como si le estuviera echando algo en cara.

Al volverse hacia su amigo, vio que el Tuerkas lo observaba con el ceño fruncido.

—¿Tú sabes quién es, *pisha*?

—Ya te digo —respondió Benito—. Es clavadita a Charlize Theron, como para olvidarla. ¿No te acuerdas? Te dejé con ella en el bar del Angelito hace unos meses. Su barco había atracado en Rota.

—Pues no caigo.

—Ahora que pienso, creo que ese día te dejé bastante *perjudica*o.

—Pues si yo estaba *perjudica*o, tú no estarías mucho mejor.

—No, pero yo me retiré antes que tú. Nos jugamos a los chinos quién iba a entrarle a la yanqui y te tocó a ti.

Manu se volvió hacia ella, que seguía taladrándolo con la mirada. Al forzar la memoria, le vinieron a la mente unos cuantos recuerdos.

—Es cabo, *pisha* —susurró—. Y no es yanqui, es sudafricana.

—Ajá —comentó el Tuerkas—. ¿Alguna cosita más que recuerdes...? No sé... ¿un tatuaje en la nalga..., talla de sujetador...? Porque, tal como te está mirando, *quillo*, yo diría que entre vosotros hubo algo más que palabras.

—¿Manu?

Victoria salió al balcón, le levantó un brazo a su novio y se coló debajo. Acaramelada, le abrazó la cintura y, con los ojos cerrados, alzó la cara para darle un beso en los labios. Emma hizo lo mismo con el Tuerkas.

Manuel se inclinó y la besó, mirando con todo el disimulo que pudo hacia la militar, que le dirigió una mirada entre asesina y dolida. Él tragó saliva. Sabía que había algo que debía recordar, pero, por más que lo intentaba, no lo conseguía.

La mujer se apartó entonces del muro bruscamente y se marchó de allí sacudiendo la cabeza, en dirección contraria a la chirigota.



Cádiz, España, 12 de octubre de 2015

—Cuánto de *tó* y qué bien puesto —susurró Manu, echando mano al trasero de Victoria y dándole un apretón mientras le rozaba la nuca con los labios.

Vicky estaba luchando una guerra, como siempre que él estaba cerca. Quería acabar de arreglarse para no llegar tarde al desfile de las Fuerzas Armadas, pero el aroma del gaditano a su espalda, su voz seductora y el brillo de sus ojos reflejado en el espejo le estaba poniendo las cosas muy difíciles.

Desde que la propia Casa del Rey había propiciado su entrada en la diplomacia española, Victoria Lampard vivía en un estado de excitación constante. Si la perspectiva de trasladarse a Montevideo la llenaba de energía y de ganas de demostrar que era capaz de hacer las cosas bien, la presencia de Manuel Soto —más conocido como *el Golfo de Cádiz* tras su paso por el *reality* «Pecado original»— la llenaba... a otros niveles.

—Manu, ahora no, que llego tarde.

—¡*Quilla*, un embajador español tiene que llegar siempre un poco tarde! Tenemos que vender nuestras tradiciones: la siesta, la juerga, llegar tarde... Todo es Marca España. —Le apretó las nalgas un poco más.

—Como sigas magreándome así, me vas a dejar el culo lleno de marcas, eso es verdad.

—Y ¿qué quieres que haga? ¿Tú te has visto? —Manu la sujetó por los hombros, le dio la vuelta y la contempló de arriba abajo, pasándole revista con más rigor que cualquier oficial.

Ella trató de volverse hacia el espejo, pero él lo impidió acorralándola contra la pared del pequeño baño de su casa del barrio del Balón, en Cádiz. Decidida a causar buena impresión, se había puesto un vestido azul marino de cuello cruzado y cerrado por delante con botones de ancla, con los que el Golfo había empezado a jugar como si fueran fichas de un tres en raya.

Victoria se estremeció al notar que él hacía rodar un botón que quedaba debajo de uno de sus pechos y aprovechaba para acariciarle el canalillo con el meñique. Apretó un segundo botón, hundiéndolo en su sensible ombligo, ese donde tanto le gustaba meter la lengua cada vez que se duchaban juntos. Siguió bajando y, al llegar al tercer botón, deslizó un dedo por el hueco de la tela, se coló bajo la braguita de encaje y tiró de ella, haciéndola restallar contra su piel. Mientras tanto, mantenía clavada a Vicky en el sitio con la intensidad de su mirada.

—Manu —murmuró ella con la garganta seca.

—Calma, *quilla*, vas sobrada de tiempo. Yo te acerco en coche.

—Pero tu madre y tu hermana pueden oírnos.

—Seguro que se han ido a misa. Mi madre no nos deja dormir juntos; si no fuera por estos ratitos, me volvía loco, niña.

Victoria trató de protestar, aunque le puso tan poco entusiasmo que no se lo creyó ni ella.

Manu le desabrochó los botones del vestido muy lentamente, de arriba abajo, y al acabar la sujetó por las caderas, sacudiendo la cabeza de lado a lado mientras se mordía el labio inferior.

—No sé qué me has hecho, Vicky, me tienes *hechizao*. ¡Eres más bonita que el sol que se pone por la bahía!

—Chis, no hagas ruido.

—¿Yo? ¡Si soy más silencioso que un monje de clausura, *qui-lla!* —protestó él arrodillándose ante su diosa, a la que, tras su paso por el *reality*, llamaban *la Estrecha de Gibraltar*, pero que por suerte para él no era ni reprimida ni llanita—. A ver si eres tú la mitad de silenciosa —la provocó bajándole la braguita hasta las rodillas, juntándole las piernas y dejando un reguero de besos ascendente en el valle que formaban sus piernas unidas.

Victoria gimió, sujetándose a la encimera del lavabo y echando la cabeza hacia atrás.

—¿No hemos *quedao* que chitón, chiquilla? —replicó él, provocándola con su cálido aliento antes de hundir la lengua de nuevo entre sus muslos.

Las manos de la diplomática se hundieron en su pelo, jaleándolo. Manu le encantaba cuando hablaba. Sus palabras cariñosas y sus bromas le llenaban el alma de felicidad, pero si había un momento en que no echaba de menos su labia gaditana era cuando usaba la boca para demostrarle sin palabras lo mucho que la quería.

Él se acomodó dispuesto a llevarla más alto que cualquiera de los aviones que llevaban días surcando los cielos durante los ensayos, pero, al cabo de poco, ella le tiró del pelo.

—Manu, ven. Necesito esconderme en tu cuello o despertaré a todo el barrio.

Con un gruñido de frustración, él acabó de quitarle las bragas antes de ponerse en pie. Con la pasión que encendía en ella el dueño de su corazón, Victoria le llevó las manos al pantalón y se lo desabrochó con manos temblorosas. Manu la recibió como siempre, listo para pasar revista.

Aunque a los dos les gustaba jugar y entretenerse en la cama, no era el momento ni el lugar. Él se quitó el bóxer con el que dormía, sentó a Victoria en la encimera y se le acercó hasta que quedó envuelto por su calor. Ella lo acogió entre sus piernas y lo abrazó, haciendo que se hundiera en su interior. Ambos gimieron al mismo tiempo.

—Cuánto tiempo, Vicky, me cago en mi vida.

—Lo hicimos ayer, Manu.

—¡Una puta eternidad! —Sujetándola de las caderas, se retiró, sólo para poder clavarse más a fondo.

Ella le acarició la nuca, le retorció la oreja y siguió deslizando la mano por su mejilla hasta llegar a su boca. Ladeando la cara rápidamente, él le atrapó un dedo y se lo succionó con fuerza. El cuerpo de Vicky reaccionó como si fueran dos partes de un mismo ser. Sus músculos más íntimos se contrajeron con fuerza, atrayéndolo, buscándolo, reclamándolo.

—¡Dios, niña! —Manu le soltó el dedo y aumentó la presión en las caderas.

Ella se aferró a sus hombros y hundió la cara en el cuello para disimular el grito que soltó al notar lo más hondo de su vientre. Usando sus hombros como punto de apoyo, ascendió y se frotó contra él, buscando la fricción que reclamaba su clítoris.

Los movimientos de los dos se acomodaron en un ritmo que nunca pasaba de moda. Victoria se ondulaba, olvidándose de sus inhibiciones, sintiéndose libre. A Manu le faltaban manos para acariciarla, marcarla, reclamarla como suya.

—Así, preciosa, así. Me tienes, me tienes a puntito de caramelo.

—¡Manuuuu!

—Vámonos, niña. ¡Vámonos juntos!

Y juntos salieron disparados en un orgasmo breve pero intenso que dejó a Victoria relajada y lista para disfrutar de las festividades del resto del día o eso creía ella. Solo unos segundos después sonó el timbre de la puerta.

—¡Ojú, qué oportuna es la gente, de verdad, qué fatiga! —exclamó Manuel con ganas de agarrar a su Vicky y perderse con ella en un islote del Caribe donde nadie pudiera encontrarlos.

Ella, relajada y feliz, sonrió al escucharlo y permaneció inmóvil, con la cara apoyada en su pecho y dibujando caracoliños en su cuello, debajo de la oreja.

—¿Esperas a alguien?

Él negó con la cabeza, mientras ella seguía ronroneando como si fuera una gata volviendo de romería, uno de los variados efectos secundarios que el Golfo solía provocarle. Otro era la falta de memoria y de concentración. Por eso se alegraba de haber visitado al fin a su ginecóloga y haber tomado medidas para no quedarse embarazada antes de hora. Tenía muchas ganas de formar una familia con Manu, pero con el traslado a Uruguay por delante, ése no era el mejor momento. Le hacía una ilusión loca empezar su nueva etapa como diplomática, pero cada vez que él le susurraba al oído se olvidaba hasta de qué color era el círculo de la bandera de Japón.

—No, Emma y el Tuerkas no volverán hasta esta noche. No sé quién puede ser.

Al oír que alguien iba a abrir la puerta, la pareja se vistió a toda prisa.

—Manuuuuu —lo llamó su hermana Mari Mar—. Hay una *soldao* en la puerta. No sé qué dice; no entiendo *ná*.

—¡Ay, Dios, que vienen a buscarme! Ya te he dicho que llegaba tarde, Manu, de verdad, no sé por qué te hago caso.

—Porque te molo, *quilla*. —Le guiñó el ojo mientras se abotonaba los vaqueros, dejándola sin argumentos.

Tras retocarse el maquillaje, Victoria se dirigió a la puerta, que Manu mantenía abierta para ella.

—Pase, señora embajadora —dijo él haciendo una ligera reverencia—. Las autoridades la esperan.

El desfile se celebraba en las instalaciones de la vecina base de Rota, y Manu había invitado a Victoria a quedarse a dormir en su casa para estar más cerca.

—Hola —saludó la diplomática al ver a la alta y rubia suboficial que esperaba en el recibidor—. Siento haberla hecho esperar.

—No te entenderá, es *guachiney* —le advirtió Mari Mar.

—*Sorry. I'm ready.* —Vicky volvió a disculparse y le hizo saber que estaba lista para marcharse.

—Sí que te entiendo —replicó la militar—, hablo perfecto español; pero no te busco a ti, lo busco a él.

Las tres mujeres se volvieron hacia Manu, que tuvo la sensación de que su vida acababa de complicarse.

Mucho.

—¿Nos conocemos? —preguntó para ganar tiempo, aunque la había reconocido. No olvidaba fácilmente una cara, sobre todo si iba acompañada de un cuerpo de infarto.

—Tengo algo que es tuyo.

—Ah, qué amable por traérmelo, *quilla*, pero no hacía falta; haberlo enviado por correo.

La militar apoyó una mano en su cintura. Al fijarse, los tres vieron que llevaba los dos últimos botones de la chaqueta desabrochados.

—¡No puedo enviar esto por correo!

—Manu, la *guachiney* está *preñá* —murmuró la hermana del gaditano.

Victoria buscó la mirada de la recién llegada, pero ella sólo tenía ojos para Manu. Notó que se le erizaba el vello de la nuca mientras su instinto le gritaba: «¡Peligro, peligro!».

—Ya lo veo, Mari —replicó él entre dientes—. ¿Podemos ayudarte en algo? ¿Necesitas una silla?

—Necesito un padre para el *baby* —respondió la rubia con una mirada glacial.

Manuel tragó saliva.

—Claro que sí, *quilla* —contestó fingiendo aplomo—. Todos los niños necesitan un padre. Estoy seguro de que el padre y tú crearéis el hogar que ese niño merece. —Rodeó la cintura de Victoria con la mano para huir de allí—. Si nos disculpas, vamos al desfile de las Fuerzas Armadas.

La rubia se plantó ante la puerta con los brazos cruzados.

—No sin resolver antes mi problema. Yo también estoy invitada al desfile, pero ¡no me entra el traje de gala!

—¡Ups, qué mal! Mari, anda, échale una mano a la muchacha con la ropa, que a ti se te da muy bien la costura. Yo acompaño a Vicky a la base.

La militar tenía pinta de tener muy poca paciencia, y esa poquita parecía haberse agotado del todo. Alargó las manos y agarró a Manuel por las solapas de la camisa.

—¡Golfo de Cádiz! Tus días de golferío *stop today*. ¡Eres el padre de este *baby*! ¡Haz algo!

Victoria dio un golpe seco a la altura de la muñeca de la rubia para que lo soltara. Manu se volvió hacia su novia agradecido, pero ella le plantó una bofetada que le salió del alma.

—¡La madre que te parió, Manuel Soto! Llevas meses tala-drándome con el rollo de la responsabilidad: que si ve al ginecólogo, que si antes de llover chispea... ¡Serás hipócrita! ¡Si has estado soltando chirimirí de soldaditos por medio mundo!

—Victoria, eso no es así.

—¿Está mintiendo? ¿No has estado con esta mujer?

Él agachó la cabeza.

—No lo recuerdo. Había bebido...

—¿Será posible! —Vicky alzó las manos—. ¿Cómo se puede ser tan golfo e irresponsable? Y yo he estado a punto de unir mi vida a la tuya. ¡Ay, Dios mío, de la que me he librado! —Trató de mantener la dignidad a pesar de que el corazón se le estaba rompiendo en mil pedazos. Volviéndose hacia la soldado, añadió—: Le deseo toda la suerte del mundo a ese niño. ¡La va a necesitar!

La rubia, que como buena militar tenía muy claro que «a enemigo que huye, puente de plata», se hizo a un lado para dejar salir al huracán Victoria.

—¡Vicky! ¡Espera, no te vayas así! —Manu trató de perseguirla, pero la soldado había vuelto a barrar el paso.

—Tenemos que hablar, Golfo.

—¡La madre que te parió, sargento!

—Cabo. Soy la cabo Eva de Boer.

—¡Un cabo te ataba yo al cuello, bruja!

La madre de Manu y Mari Mar, que se había mantenido en un discreto segundo plano, habló al fin:

—Hazla pasar al comedor, Manuel. Vamos a discutir las cosas como las personas.